

LOS DESAFÍOS DEL POPULISMO Y DEL NACIONALISMO RADICAL*

El proyecto de integración europea hasta llegar a la actual Unión ha vivido tiempo suficiente para atravesar varias crisis. De hecho, es difícil recordar un periodo en el que la Unión no haya aparecido como una construcción institucional y económica situada en medio de serias turbulencias.

Tanto es así, que se convirtió en lugar común citar a Monet para aplacar inquietudes con su afirmación de que “Europa se ha construido a golpe de crisis”. A mayor abundamiento se solía recordar para tranquilidad de todos que, en su origen etimológico, la palabra “crisis” significaba oportunidad. Las crisis de Europa eran siempre crisis de crecimiento, crisis de una unión adolescente, cuyas dificultades tenían mucho que ver con la singularidad de su construcción jurídica y política que no podía situarse en los caminos trillados de experiencias equivalentes porque sencillamente estas no existían. Eran pruebas inevitables porque estaban provocadas por el propio dinamismo de un proceso permanente de transformación.

Javier Zarzalejos es secretario general de la Fundación FAES. Del Patronato de la Fundación.

* El presente artículo se ha elaborado a partir de la intervención del autor ante el Buró Político del Partido Popular Europeo sobre “Los desafíos del populismo y el nacionalismo radical” el pasado 31 de enero.

Crisis de crecimiento o crisis de pioneros, lo cierto es que, en el fondo, Europa ha contemplado estas con una considerable confianza en sí misma, hasta con optimismo, convencida de su capacidad para superarlas y salir reforzada de ellas.

Dominaba la convicción, primero, de que las crisis se resolvían porque la articulación de los actores clave, y lo que podríamos denominar la conversación política dentro de la Unión, demostraban ser eficaces para generar soluciones y llevarlas a la práctica.

En segundo término, el marco institucional en el que esas soluciones debían adoptarse parecía ofrecer un buen rendimiento y contaba con los mecanismos necesarios para favorecer los acuerdos.

Y, tercero, porque, la fuerza del proyecto europeo, su capacidad tractora, transcendía los problemas de recorrido –algunos de los cuales resultaron muy difíciles de resolver– y, al final, obligaba a los líderes políticos y a las instituciones a pensar sus decisiones en términos genuinamente europeos, ya que de lo contrario, de un modo u otro, serían penalizados políticamente. Es significativo que ni los más reticentes hacia la integración se sintieron fuertes ni legitimados política e históricamente para romper la baraja de la unión.

Parece más que dudoso que, al menos hasta ahora, se hayan dado esas condiciones en la grave crisis a la que la Unión se ha tenido que enfrentar.

Ni los actores clave en el escenario europeo han demostrado la misma capacidad de articulación de sus posiciones que sus antecesores, ni el marco institucional produce el rendimiento que sería necesario –por todos, el caso de la deficiente institucionalización del euro–, ni el proyecto europeo se manifiesta con la misma coherencia ni tiene la misma fuerza de atracción, en buena medida por el debilitamiento del discurso europeo o, por decirlo en otros términos, de la “narrativa” que debería explicar y dar sentido al proyecto que la Unión representa en los tiempos actuales.

En el imaginario colectivo, Europa ha perdido buena parte de su carácter de sueño para convertirse cuando menos en insomnio y en malestar. Es cierto

que la amplitud y la profundidad de una crisis sin precedentes limitan el juego de las comparaciones. Pero atribuirlo todo a la recesión que arranca en 2007 sería un error de simplificación que impediría tener en cuenta los problemas endógenos de la Unión que tan crudamente se han puesto de manifiesto.

La primera en el tiempo es una crisis política y constitucional a la que luego se une la crisis económica que seguimos padeciendo. Y es la crisis económica la que pone de manifiesto las insuficiencias institucionales y políticas de la Unión. Es una situación en la que todos los déficits parecen agravarse, no solo el déficit público, sino el institucional, el democrático, el político y el cívico.

Existe una amplia desafección hacia la Unión que, en el peor de los casos, podría convertirse en la antesala de una crisis de legitimidad. Se trata de una situación en la que muchos sectores políticos, sociales, económicos y culturales se sienten justificados para poner en cuestión el contrato fundacional de la Unión con los Estados y los ciudadanos.

Unos, porque el actual marco económico e institucional no ha traído la estabilidad que prometía; una estabilidad a cambio de la cual aceptaron renunciar a elementos fundamentales de soberanía.

Otros, porque creen que la crisis ha disuelto el sentido de unidad y el funcionamiento concertado de las instituciones en favor de un liderazgo hegemónico y de la imposición de políticas de austeridad que, aun siendo necesarias, están lejos de ser suficientes, eliminan los incentivos y alejan la perspectiva de crecimiento, dejando sin respuesta situaciones angustiosas de desempleo y empobrecimiento.

Esta brecha entre esfuerzos y resultados tiene una importancia crítica porque esa disociación también se da, por un lado, entre la magnitud de las exigencias que dirigimos a los europeos –ya sean rescatadores o rescata-dos– y el debilitamiento del proyecto en el que hay que situar esos sacrificios para que tengan sentido.

Se extienden los peores estereotipos nacionales y se propaga una retórica que divide a los europeos en virtuosos y negligentes en torno a conceptos tan

sensibles y valorativos como el de “riesgo moral”. Los aludidos responden –no sin razón– recordando que las reglas de juego que ahora se predicán con tanto rigor se cambiaron cuando convino a las economías dominantes de la Unión. La conclusión es un paisaje de fractura interna realmente preocupante.

LA IDENTIDAD EN EL PROYECTO EUROPEO

El proyecto europeo –hay que recordarlo– es ante todo un proyecto de paz. Pero, como afirma Víctor Pérez-Díaz, la naturaleza de la paz que disfrutaban los europeos está vinculada a la experiencia de un orden de libertad, y, en concreto, “una paz entre ellos fundada en una paz contra los totalitarismos”.

La trayectoria de Europa se puede medir en sus grandes hitos: la paz y la reconstrucción tras la II Guerra Mundial; la extensión de la libertad acogiendo a las nuevas democracias del sur y, después, del centro y el este de Europa; la consolidación de un sistema de bienestar con una pluralidad de modelos nacionales y el euro como desarrollo natural de un proceso de integración económica exitosa en términos de crecimiento y prosperidad en el marco de una economía de mercado.

De ahí surgía una buena narrativa europea asociada a valores concretos que han dado a este discurso un extraordinario atractivo para que los europeos se identificaran con él.

Hoy parece que todos los elementos que incorporaba el proyecto europeo se encuentran profundamente ensombrecidos: la paz y la democracia se dan por adquiridos, mientras la prosperidad parece a muchos un recuerdo lejano y son demasiados los que ven en el euro más un problema que una solución tanto en términos de legitimidad popular como de beneficio económico.

Es fácil ver en este proceso una reacción injusta, carente de memoria de lo que ha significado el proyecto integrador de Europa. Porque si la crisis ofrece argumentos para desvalorizarlo, con más razón podríamos preguntarnos cuál sería la situación de Europa y de algunos países europeos en con-

creto si además de todas las dificultades que atraviesan, carecieran del anclaje de estabilidad y solidaridad que supone la Unión Europea. Sin esta, por muchas que sean sus insuficiencias y sus déficits, nos encontraríamos con seguridad en un escenario de pesadilla en el que los peores demonios familiares de Europa reaparecerían violentamente en Estados virtualmente fallidos.

Hay por tanto algo paradójico en esta situación. Mucho de lo que parece ser el fracaso de la Unión Europea puede ser leído, sin embargo, como una situación que ha puesto a prueba el valor del marco de estabilidad y cooperación que ofrece. En ese sentido, si las crisis son también oportunidades, Europa puede restablecer casi sesenta años después su sentido fundacional. Ese, tal vez, sea el gran desafío y la gran oportunidad de la Unión en este momento histórico de crisis verdaderamente sistémica.

Por el momento, sin embargo, en la percepción de Europa predomina un vacío y es en este vacío del proyecto europeo, en esta dificultad para transmitir a los europeos el sentido de la Unión, donde apuestan por prosperar el populismo y el nacionalismo radical.

En esta encrucijada, tanto los populismos como los nacionalismos radicalizados muestran su condición de fenómenos oportunistas que aprovechan el debilitamiento de los elementos cívicos compartidos para arrastrar a Europa a un camino de regresión política. Y de lo que se trata, en nombre de Europa y de los valores que la constituyen, es de asegurarse de que populismo y nacionalismo, esos esqueletos de la historia de Europa, sigan bien guardados en el armario donde se contiene lo peor de nuestro pasado común.

NACIONALISMO RADICAL Y POPULISMO FRENTA A PROYECTO EUROPEO

El nacionalismo radical es un vector especialmente eficaz del populismo en la Europa de hoy. El populismo encuentra en el nacionalismo radical, y en la habitual raíz etnicista de este, la posibilidad de articularse como un proyecto político y no solo como una reacción social. En un contexto de crisis económica, descontento social y desafección política, el populismo

alimenta el nacionalismo y permite a este dirigirse a una audiencia más amplia, a la que ofrece un relato de agravio que en otras circunstancias no sería creíble ni tendría la misma fuerza de movilización. El populismo suministra al nacionalismo nuevas posibilidades de socialización en la crisis.

No es irrelevante recordar una afirmación anterior e insistir que la paz que disfruta Europa está vinculada a un orden de libertad. Paz como expresión genérica de orden puede haber en muchos regímenes políticos, pero libertad solo en aquellos donde los derechos fundamentales están garantizados y la ley protege y exige a todos, en condiciones de igualdad.

Pues bien, hemos de recordar que Europa consigue esa paz vinculada a un orden de libertad cuando derrota a los nacionalismos totalitarios y en un contundente “nunca más” deja claro que en ella no hay lugar para los nacionalismos radicales que pretenden imponer identidades excluyentes y agresivas y desintegrar sistemas democráticos.

En sentido contrario, lo que conviene tener en cuenta es que el nacionalismo radical en su sesgo más populista no surge en el escenario continental como reacción frente a la fuerza o la imposición del proyecto europeo, sino que emerge, entre otros factores, como consecuencia de la debilidad de aquel. No hay más nacionalistas radicales ni más populistas porque haya más Europa, o demasiada Europa, sino porque, al menos en este punto, hay demasiado poca.

“EUROTRIBALISMO”

Los nacionalismos que hoy en día pretenden desestabilizar Europa, sin embargo utilizan a Europa como coartada. Fantasean con Europa como el refugio seguro después de la secesión, como la red que amortigua una ruptura sin costes. Es algo típico del nacionalismo desplegar un discurso dissociado como el que predica la ruptura del ámbito nacional y se proclama paladín de la integración continental, el que exige bilateralidad en el ámbito interno y se declara dispuesto a trabajar como el primero en un imaginario concierto federal europeo, al igual que es propio del nacionalismo

radical exigir derechos fuera en nombre de la democracia y negarlos dentro en nombre de la identidad.

Esta disociación oportunista del discurso nacionalista no puede tener recorrido. Hay que decir que un territorio que busca la secesión de un Estado democrático deja de pertenecer a la Unión desde el punto de vista jurídico y se excluye del proceso de integración europea desde el punto de vista político. Como ha recordado el Tribunal Constitucional alemán después del Tratado de Lisboa, la Unión es, antes que cualquier otra cosa, una asociación de Estados soberanos. A través de ellos se accede a la Unión y fuera de ellos esta se abandona. Y aunque, a pesar del esfuerzo nacionalista por eludir esta clara constatación derivada de los tratados, ya no es posible sostener que la secesión no tiene efectos en la pertenencia a la Unión, habría que afirmarlo con la suficiente solemnidad política y la debida formalización jurídica. Es necesario quitar la alfombra de debajo de los pies del nacionalismo que primero rompe y después dice que está dispuesto a construir.

La lógica de la integración y de los valores que compartimos en el espacio europeo deben llevar a penalizar políticamente el discurso nacionalista cuando se basa en la insolidaridad, en la negación de la pluralidad cultural interna, en la apuesta por el antagonismo entre comunidades en razón de su identidad lingüística o cultural y en el objetivo de romper Estados nacionales consolidados.

Como señalaba Joseph Weiler en un artículo de hondo impacto a propósito de la puja secesionista del nacionalismo catalán, “Europa no debería ser vista con un nirvana para esa forma de eurotribalismo irredento que contradice los más profundos valores y necesidades de la Unión”. Y añadía: “Sería enormemente irónico que el proyecto de pertenencia a la Unión acabase creando un incentivo que diese sentido a la desintegración política.”

UNA AMENAZA ESTRUCTURAL AL PROYECTO EUROPEO

En efecto, la radicalización de los nacionalismos en Europa hace que estos no puedan ser considerados como una parte más del pluralismo social y

cultural en el seno de la Unión y de sus Estados, porque no estamos ante una reivindicación cultural sino ante un proyecto de ruptura.

El nacionalismo radicalizado es una amenaza estructural a la construcción europea. Y lo es porque no constituye una alternativa a la forma de construir la Unión Europea, sino que pretende ser una alternativa a la Unión Europea misma, una alternativa negadora de la integración en la que se dan cuatro componentes claramente reconocibles de esa negación.

Primero, la instauración en un ámbito subestatal de un concepto de soberanía inevitablemente excluyente. Un concepto de soberanía que no es compatible con afirmar que un territorio escindido puede luego aceptar las renunciaciones a la soberanía que impone la Unión. Quien no puede actuar de manera leal y solidaria en el marco multilateral de un Estado democrático, del que forma parte desde su origen, no hay razón para presumir que actuará lealmente en el marco de la Unión.

En segundo lugar, una exacerbada concepción de la identidad nacional, con un fuerte componente etnicista, construida y blindada con afectación de derechos individuales para garantizar que “no se disuelva” y, por tanto, una visión identitaria esencialista, excluyente y monolítica.

Tercero, la creación imaginada de una comunidad de “verdadera” democracia, con instituciones perfectamente representativas, homogéneas, que posibilitan una articulación sin conflicto de los intereses de todos los miembros de la comunidad nacionalista en un acto continuo de autogobierno originario, libre de “imposiciones” externas.

Y, en cuarto lugar, la promesa mesiánica de bienestar para todos los miembros de la comunidad nacionalista, que será el resultado de disfrutar de los recursos que hoy se malgastan por obligaciones derivadas de la pertenencia a un Estado y/o pertenencia a la Unión. Ejemplo acabado de ello se encuentra en el “España nos roba” del nacionalismo catalán.

Restauración de la soberanía, democracia “auténtica”, identidad nacional, promesa de bienestar que “los otros” impiden alcanzar a la comunidad

nacionalista, son elementos conocidos que siempre están presentes en los populismos más agresivos. Y el nacionalismo radical lo es.

Pero, al mismo tiempo, hay que ser conscientes de que estas propuestas están bien pensadas para llenar lo que se perciben como los principales vacíos de la propuesta europea de hoy, del proyecto que queremos que Europa represente y del mensaje que habría que trasladar a los ciudadanos. En otras palabras, es preciso ganar para el proyecto europeo ese terreno que el populismo y el nacionalismo le disputan.

La tarea que impone el tiempo de Europa consiste en recomponer el discurso, en recuperar una narrativa con fuerza suficiente para impulsar un nuevo sentido de unidad, para articular una conversación europea fructífera y para sacar el futuro de la Unión de la desafección y el escepticismo que invade a muchos de sus ciudadanos.

Ese discurso ha de incorporar el avance en la construcción de una identidad europea, debe adquirir sentido en la conciencia de unos valores sustantivos que los europeos compartimos, y en compromisos claros y creíbles de las instituciones europeas con sus ciudadanos.

LA IDENTIDAD EUROPEA. HACER POSIBLE LO NECESARIO

Una tarea de esta dimensión suena a refundación del proyecto europeo. Y algo hay de eso, si no se entiende tal refundación como un forzado proceso constituyente en pos de unos improbables Estados Unidos de Europa, sino como un esfuerzo para actualizar el sentido histórico de la Unión, haciéndolo arraigar en una identidad cívica que refleje los valores culturales y de civilización en los que los europeos pueden reconocerse.

Es sabido que hablar de identidad europea es un empeño aventurado. El discurso político típico de la cultura posmoderna se encuentra fuertemente implantado y pasa una costosa factura. Si, como afirman los filósofos de la política, la posmodernidad ha acabado en el ámbito político con

los grandes relatos, es perfectamente imaginable que haga imposible también el relato europeo que tanto se reclama.

Precisamente, los debates sobre la raíces de Europa con motivo de la discusión constitucional de la Unión demostraron la imposibilidad, hasta ahora, de definir una identidad europea reconocible y la decantación por una perspectiva multiculturalista para eludir, que no resolver, este debate.

Parece que estamos dispuestos a reconocer todo tipo de identidades individuales y colectivas, pero en Europa no hemos querido definir ni apenas aproximarnos a la definición de una identidad europea sustancial a pesar de contar con las mejores tradiciones para ello, singularmente, el Cristianismo y la Ilustración. Por el contrario, se asume que las diversas influencias y aportaciones culturales y políticas tienen todas ellas un valor equivalente.

El resultado no es tanto un remedo del *melting pot* norteamericano que vierte esa fusión de componentes diversos en el molde común de un exigente compromiso de ciudadanía, sino una aproximación vacilante e insegura y, en último término, fallida, a la cuestión identitaria europea. Nos limitamos a que Europa sea un gran contenedor de identidades pero sin acercarnos a una identidad propia y común.

No se trata de un fracaso, sino más bien de una insuficiencia. No puede desconocerse lo positivo de la tolerancia que subyace en esta apertura de Europa ante una diversidad llamada a crecer añadiendo complejidad a nuestras sociedades. Tampoco se puede pasar por alto las singularidades y el tiempo que abarcan los procesos de construcción identitaria. Pero ni la tolerancia ni el curso histórico son incompatibles con la afirmación de la identidad. Que no exista aún un “demos” europeo, no debería impedir hacer de Europa un sujeto político, cultural y civilizador que nos permita hablar con propiedad de un “nosotros” reconocible. Si el avance hacia un “demos” europeo puede resultar demasiado lento, es posible que construir una “polis” sea un objetivo más realizable y casi tan eficaz.

Se puede sostener que en esa insuficiencia es donde encuentran sus oportunidades las propuestas alternativas que sí ofrecen una identidad, pero una identidad incívica, disolvente y destructiva del proyecto europeo y de la naturaleza democrática, incluyente y cívica de nuestras sociedades.

El populismo, el nacionalismo radical, y tantas otras manifestaciones de ese “eurotribalismo” del que hablaba el profesor Weiler, tienen mucho que ver con la implantación de una cultura de la posmodernidad que niega valores propios a Europa, que centra el discurso político en el incesante reconocimiento de identidades de todo orden, que segmenta la sociedad y presenta a Europa como un espacio multicultural y desarticulado sin una identidad política propia. Esta carencia esta abocada a hacerse mas llamativa por el efecto de procesos como el de la propia globalización que no hace sino agravarla y que produce decepción, incertidumbre y desorientación sobre la posición que ocupamos los europeos en un mundo crecientemente complejo, competitivo y salpicado de conflictividad.

Es difícil pensar en un terreno mejor abonado para que, al calor de la crisis, crezcan y prosperen con escasa contradicción todos los planteamientos disolventes de la idea de Europa como sujeto político, cultural e histórico, y de su institucionalización, entre ellos, el nacionalismo.

Cuando no se define la identidad, es comprensible que se sospeche que la razón de ello es que no se definen valores. Sobre este relativismo cultural y de valores, típico del pensamiento posmoderno, es muy difícil construir un discurso que diga algo a los ciudadanos, más allá del manejo tecnocrático de las políticas económicas.

A estos obstáculos nos enfrentamos a la hora de reconstituir un discurso político que nos ayude en esta situación. Si no lo hacemos, ese lugar puede ser ocupado, como he tratado de exponer, por las propuestas oportunistas o simplemente por la desafección y el alejamiento de los ciudadanos.

Habría que empezar por asumir de verdad que “valores” no es una palabra fea que se deba evitar en el discurso político, ni una cuestión exclusiva de una conciencia privatizada, ni la pretensión de imponer una disciplina moral y re-

ligiosa. Existe una necesidad de valores de fondo que nos orienten como guía en esta crisis, que orienten nuestras políticas, que definan los nuevos paradigmas que habrán de salir con seguridad de una crisis que nos esta obligando a replantearnos tantas cosas y que sean pilares para construir nuestra identidad como europeos.

Valores de paz y de libertad que se oponen a los discursos excluyentes de los populistas y los nacionalistas. Valores cívicos que son específicamente europeos en su origen y que ojalá tuvieran equivalente en otras culturas. Valores de tolerancia y respeto a la pluralidad, pero en los que la tolerancia y la pluralidad son consecuencia de la democracia, no de la indiferencia ante esta o de su negación y que, por tanto, reclaman que el derecho a la diferencia tenga como contrapartida el deber de integración y la lealtad cívica.

En tiempos como estos es necesario un proyecto político que rescate lo mejor de la memoria de los europeos, que actualice el significado de la Unión y cierre las líneas de fractura entre aquellos. Se trata de garantizar la continuidad de la Unión frente a las amenazas de disgregación interna y que no se vea desplazada al campo de los perdedores de la globalización. Ciertamente es mucho más fácil decirlo que hacerlo, entre otras razones porque la descrita es tarea tanto de líderes políticos como de actores culturales e intelectuales, de las grandes organizaciones políticas y de la intervención de la sociedad civil. Recordemos, para no desistir antes de intentarlo que, al fin y al cabo, fue Europa, la Europa devastada de la posguerra, la que entonces hizo posible lo que era necesario.

PALABRAS CLAVE

Unión Europea • Crisis económica • Nacionalismo • Populismo

RESUMEN

La actual situación europea está poniendo de manifiesto que no se trata únicamente de una cuestión económica, sino que tras ella subyace una crisis de modelo político e institucional de la Unión Europea. Este escenario de debilidad está siendo aprovechado por fenómenos oportunistas, como populismos y nacionalismos, para plantear una serie de modelos que rechazan el proyecto europeo de integración.

El reto al que nos enfrentamos no es otro que retomar un verdadero discurso de unidad y de valores comunes que acaben con este escepticismo y actualicen el verdadero significado de la Unión Europea.

ABSTRACT

Europe's current situation is showing that it is not just the result of an economic situation, but that behind it lies a crisis of the political and institutional model of the European Union. This weakness scenario is being used by opportunistic events, like populisms and nationalisms, to propose a series of models that reject the European project of integration.

The challenge we are facing is none other than retaking a discourse of unity and common values that put an end to this scepticism and update the true meaning of the European Union.

BIBLIOGRAFÍA

Gutmann, A. (2008):

La identidad en democracia. Katz. Buenos Aires, 2008.

Jáuregui, G. (1997):

Los nacionalismos minoritarios en la Unión Europea. Ariel. Barcelona.

Parlamento Europeo (2010):

"Democracia europea, identidad constitucional y soberanía: repercusiones de la sentencia del Tribunal Constitucional alemán sobre el Tratado de Lisboa en la doctrina constitucional europea". Dirección General de Políticas Interiores.

Pérez-Díaz, V. (1999):

La formación de Europa. Nacionalismos cíviles e incíviles. ASP Research Paper 27.

Rieck, C. (2007):

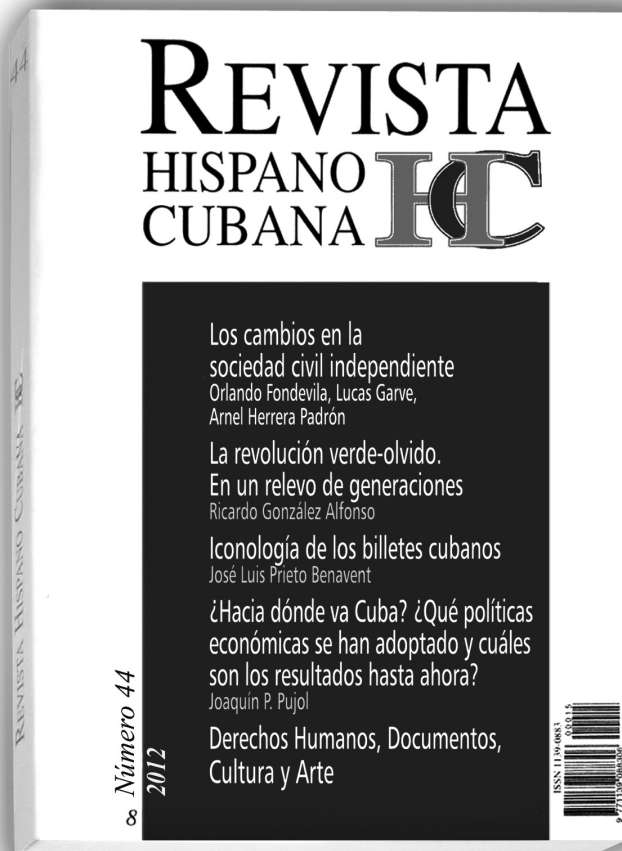
"Quid est Europa? Mito, finalidad, utopía y sueño europeo". Fundación Konrad Adenauer, *Diálogo Político*. Año XXIV, número 1- marzo.

Weiler, J. (2004):

Una Europa cristiana (ensayo exploratorio). Ediciones Encuentro. Madrid.

Weiler, J. (2012):

"Independencia y Unión Europea". *ABC*, 3 de noviembre.



Número 44
2012

Los cambios en la
sociedad civil independiente
Orlando Fondevila, Lucas Garve,
Arnel Herrera Padrón

La revolución verde-olvido.
En un relevo de generaciones
Ricardo González Alfonso

Iconología de los billetes cubanos
José Luis Prieto Benavent

¿Hacia dónde va Cuba? ¿Qué políticas
económicas se han adoptado y cuáles
son los resultados hasta ahora?
Joaquín P. Pujol

Derechos Humanos, Documentos,
Cultura y Arte



Director
Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial
Cristina Álvarez Barthe
Elías Amor
Luis Arranz
María Elena Cruz Varela
Jorge Dávila
Manuel Díaz Martínez
Ángel Esteban del Campo
Alina Fernández
María Victoria Fernández-Ávila
Celia Ferrero Romero

Carlos Franqui
José Luis González Quirós
Mario Guillot
Guillermo Gortázar
Jesús Huerta de Soto
Felipe Lázaro
Jacobó Machover
José María Marco
Begoña Martínez
Eusebio Mujal-León
Fabio Murrieta
José Luis Prieto Benavent
Tania Quintero
Alberto Recarte

Raúl Rivero
Ángel Rodríguez Abad
José Antonio San Gil
José Sanmartín
Pío Serrano
Daniel Silva
Álvaro Vargas Llosa
Alejo Vidal-Quadras

Redacción
Orlando Fondevila
Rocío Martínez

www.revistahc.org
PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:
REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid
Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08